

zarse. Todo lo contrario. Por mucho que medren los malos ejemplos, recompensando la desfachatez y la extorsión, conviene perseverar en tan irreprochable conducta.

Hay quien opina que perseverando así, sin desfallecimiento, puede que hasta se nos devuelva Riaño y que, vaciado el embalse, vuelvan los valles a resurgir de sus cenizas como un milagro del cielo.

Esa es una opinión tan respetable como otras.

Otros piensan que sí, como alguien dijo, un embalse como el de Riaño no hubiera sido posible nunca en Navarra, los leoneses deben de exigir que León sea como Navarra para que no vuelvan a ocurrir cosas parecidas. Los navarros son españoles y los leoneses también. ¿No es esa razón suficiente?



Pedro García Trapiello

Pedro García Trapiello (Manzaneda de Torío, 1952) Periodista y escritor enamorado de su -nuestra- tierra leonesa. Es autor de numerosas guías turísticas y colecciones de viajes por la provincia, así como de numerosas colecciones audiovisuales, entre la que cabe destacar *Los ríos de León*. Cofundador de la editorial de temas leoneses El lobo sapiens. Entre sus libros podemos citar *Picos de Europa en la Montaña de Riaño* (1995), *El chivo explicatorio* (1998) y *Una ciudad de sotas, caballos y reyes* (2005). Desde hace años tiene una columna diaria en el *Diario de León*, y actualmente además colabora cada día en la emisora Punto Radio.

TETRALOGÍA

LA PANTANADA

En febrero de 1973, en la mismísima entrada de un Riaño casi sepultado en nieve, nos recibieron al fotógrafo y al que suscribe con un pedrisco de bolazos al tomarnos por funcionarios de la Confederación que aquel día debían proceder al levantamiento de actas previo a la ocupación de fincas. Alto ahí, que somos emisarios... ¿De quién?... Del Diario... Casi lo pusimos peor, porque el día anterior había publicado un artículo el director que infló las pelotas a más de un riañés. Pero no hubo más. Los agentes confederados no se personaron. Una reunión en el ayuntamiento y preguntas al vecindario nos confirmaron la sublevación de los pueblos afectados por una sola cuestión: ¡justiprecio!, que se pague lo que vale, o sea, más, pues era entonces calderilla lo que valía un embalse (y miedo tapando bocas). A la postre fue lo que se consiguió, revisar tasaciones y alegrar cuentas. Hubo consigna gubernativa en Madrid: manga ancha. ¿Que dicen que hay setenta modistas en el valle porque tienen máquina de coser en casa?... Pues las habrá; que pillen todas su pertinente indemnización por cesación de actividad profesional. Jiménez Espuelas, el presidente confederado, se sublevaba porque allí cobró hasta Heraclio Fournier por dejar de vender barajas en los inviernos eternos de los nueve pueblos que quince años después anegaría la pantanada.

Se pagó todo aquello, los caciquillos locales apañaron, pero la obra se congeló de la risa presupuestaria. No se ocupó, así que la vida de quienes quedaban siguió haciéndose en predio ajeno sin aforar contribución o impuestos. Eran ocupas de lo que fue suyo. Después exigirían nuevas indemnizaciones al suponerse nuevos casos de perjuicio personal o profesional. Se templaron gaitas (y se excitó la codicia y el especular) prometiendo un nuevo Riaño, aberración donde las haya, pueblo innecesario y mal parido, malgasto interesado que esperaron en balde para sí los pueblos de las colas del Esla y del Yuso que estranguló el embalse sin inundarlos. La despoblación, sin embargo, no la forzó el embalse en estas localidades contiguas. La misma gente perdía entonces cualquier valle montañés desde Murias a Prioro, donde se lamentaban que les estuviera

expulsando un embalse de abandonos sin darles siquiera una indemnización para pagar el billete de la huída.

LA PANTANITIS

A Riaño lo pulverizaron hace veinte años. Desalojo definitivo. A la fuerza, puta fuerza bruta. A mordiscos de retroexcavadora. A culatazos de antidisturbios... entre gritos, insultos, cargas y algunos naufragos en los tejados. Eran gente amiga de Riaño y su montaña o simplemente enemiga del embalsador. Los lugareños se agazaparon, pero hubo coraje y honra disparatada en alguno que blandió su cacha frente al imperio de los guardias o se descerrajó un escopetazo en su cama. Los grupos ecologistas animaron la resistencia inútil. Se escribió mucho entonces. Se pidió foco para lo numantino. Hasta las paredes de Madrid gritaron su «no a Riaño» en spray de noche. La batalla de Lemóniz inspiraba; hubo relevo de antorcha. Lo progre y lo comprometido (o la postura, el escorzo ante cámara) fue peregrinar a Riaño y cagarse en la política hidráulica. Los embalses, se decía, son robo y asesinato del paisaje, aniquilación de pueblos y culturas. Además, la pantanitis fue siempre la inflamación del orgullo del franquismo. La pantanitis, pues, era lo peor; y estar a favor del embalse riañés era resucitar a Franco, así que lo último que se esperaba era a un socialista rematando la obra que Franco no quiso concluir. Pero así fue. Lo hicieron por colgarse la medalla del triunfo sobre el seco ante las gentes de un sur que jamás conoció acequia, gentes movilizadas por el socialismo autonómico para apremiar el cierre, la obra y la redención (¿querían el agua para trabajarla o para vender sus hectáreas revalorizadas por un canal?... pues la siguen esperando). La batalla de Riaño se perdió, pero todos la dieron por ganada, los que quisieron apresar aguas y los que quisieron expresar furias por la detención ilegítima de setecientos hectómetros cúbicos que forman hoy un gigantesco lago artificial (lago, al fin, que con sus reflejos multiplica por dos aquel concejo apretado de picachos agudos).

Hace veinte años de la desolación. Se arrasó el vaso del embalse, se liquidó todo, se asoló, ni piedra sobre piedra

quedó, ni árboles siquiera. Antes, los pueblos del pantano morían enteros bajo el agua y hoy les señala todavía su espadaña en medio de un rebaño de muros en su esqueleto. En Riaño, no; tablarrasa fue la orden. A demoler. Pero aún restaba el disparate: inventarse un pueblo nuevo, puro teatro.

AY, PANTANERA

El embalse de Riaño fue cosa de Franco; su erección, pero no la idea. Fue proyecto de la II República y su ministro de Obras, el socialista Indalecio Prieto. Desde los años treinta las gentes del valle se supieron con fecha de caducidad cuando se levantara el tapón de cemento del dique de La Remolina. Don Indalecio soñó embalses para redimir la España paramera. De su gabinete salió el sesenta por ciento de presas que inauguró el franquismo. El regeneracionista Joaquín Costa imaginó también la geografía del predesierto ibérico salpicada de pantanos-aljibe para que la sed y el horizonte agostado no siguiera sangrando poblamiento rural y matando un campo ya herido por latifundios, incurias o ignorancias. Curiosamente, fue décadas después la España verde, la dueña del manantial, la que se despoblaría. Los valles de estos nortes hacían maletas, los jóvenes de la montaña buscaron el pan lejano en la siderurgia bilbaina, arrabales vallisoletanos o en los madriles tenderos y funcionarios. Emigración en masa. En Riaño hubo otro argumento trágico, el embalse, siempre haciéndose y posponiéndose como un lobo anunciado que no acababa de venir. Sus gentes, mal que bien, no se oponían al desalojo. Llevaban cincuenta años mentalizados, así que los dueños del sitio acataron la fatalidad. Pelearon y perrearon, pero por justipreciar un crimen dado por necesario. Más tela. Otros dueños morales de este santuario natural alzaron la voz. También era un patrimonio que nos robaban a todos. Se ensayó un gesto de barricada testimonial. El lugareño se vio respaldado y le valió para avalar demandas o su legítima picaresca ante quien chuleó su cuna y le robó el horizonte.

El embalse era desmedido, desaconsejado, gran coste humano. Resueltos pagos, descompuesta la vida de pueblos y tejido social, la disyuntiva era embalsar allí agua o dos mil hombres blancos que no vivirían de recursos tradicionales, sino de servicios y de un turismo de peligrosa penetración en toda aquella reserva natural de Mampodre o Picos. Medioambientalmente, ¿qué era peor?... Pues se hicieron ambas cosas inventando un nuevo Riaño como pueblo-mentira, cataplasma al rabo... doble inundación... y quizá la del agua no fuera la peor, mientras los pueblos que no anegó pero sí jodió el embalse, siguen esperando... a nadie.

UNA LAGRIMINA

Me pide Juanín -que anda en monográfico de aniversario del valle arrasado- una lagrimina para Riaño tras la retahíla que he soltado esta semana no sin ciertas pesadumbres y raspones. Y le diré a Juanín que también en ese embalse-sepultura hay añadida y anegada una lágrima mía... y otra que llevé en recado. Es todo aquello un paisaje que se entrañó en mi vida; muchos años de frecuencias riañesas; estancias de júbilo natural; a pescar, muchas veces; y a trepar, a caminar, a ver y aprender; a preguntar y a escribir... Llevo treinta y tantos años escribiendo (hasta aburrir) de Riaño, de sus últimas vidas y de su muerte, de peripecias, acampadas y pajares, de los corros en aquella catedral de los aluches hecha de poste, tablón y talanquera en praderona de soto, de ganados, cazas, de ferias y procesiones... Me chifló el sitio, me cautivó, me apabulla todavía, me rindo a la envergadura de esas montañas y ante la vida que allí late. Qué fauna. Qué flora. De aquí es mi primer avistamiento de un rebeco o de un oso (creo que era un oso, lo vi de lejos). Y conocí los pozos esmeralda sobre lecho de roca madre en los recodos del Yuso en Pedrosa, la pedrerona virgen que cada invierno trastocaba y ordenaba la torrentera... madrugones y serenos en Bachende, Las Salas o



Rincón apacible en Escaro, en el año 1985. Marina Riesco

Acevedo... fueron décadas enhebradas a las orillas del Esla o de su hermano que busca San Glorio. Después, atrancado el dique y atragantado de agua hasta el colmo todo el valle, ya nada fue lo mismo, ni si quiera el río... ni la pesca, maldita sea.

En ese paisaje que hicimos nuestro se grapan nombres, momentos subrayados, risas y algún quebranto, nombres que ahora me llaman a emoción... ahogada (la que mejor pesca). Si no se me hubieran secado las lágrimas, ahora sería el momento de llorar.

Riaño de veranos luminosos e inviernos crudos de estofado en el Pajín o el Orejas (echaremos un mus, que esto no escampa). Y no escampaba: en el 74 el cine de la villa se abarrotó, vino el gobernador, le aplaudieron todos. Me olió a que habían vendido el pueblo. Así fue. Cuestión de mayorías. Se acató lo que se daba. Y se pagó, pero no se cerró el dique, hubo lotería, así que prolongamos trece años más el gozo de aquellos pueblos, valles y sueños...y de esta forma fueron aún más los amores y nombres que tuvimos que enterrar en la pantanada... Habrá que llorar.